

*«Tiempo de esperar, tiempo de esperanza»,  
de Enrique Badosa*

Sentirse ser temporal y percibir elegíacamente la temporalidad de cuanto nos rodea es un incentivo poético de siempre. Por otra parte, el hombre se mueve, siempre también, hacia la esperanza, concreta o difusa. De esos dos sentimientos, tan humanos, tan repetidos en la intimidad de cada cual, surge la poesía de Enrique Badosa condensada en este libro.<sup>1</sup>

En el apartado que lo inicia, la emoción late como propia de un destino común. Suele emplearse la primera persona de plural y el poeta congrega en el «tiempo de la esperanza» diversos grupos humanos, o bien percibe en sí el hilo continuador de cuantos le precedieron. Conforme el libro avanza, se hace

más individual. En la parte siguiente empieza a singularizarse la primera persona y el poeta dialoga con alguien, tal vez con el propio tiempo que le responderá en la mutación de sus estaciones —aunque éstas sean cinco para el poeta que canta también «al resplandor de la estación ausente». La tercera parte es monólogo, dirigido en algún punto al amigo y a la amada para encomendarles el recuerdo de su voz. El poema que cierra el volumen le da un giro completamente íntimo: es un acontecer personal —importante, sin duda, en la existencia, cual es la amorosa «costumbre de senda compartida»— lo que sitúa al poeta en una nueva actitud frente al tiempo. Lo mejor, para mí, de este poema es el verso final, con ese «alguien que llora»

<sup>1</sup> Colección «Adonais». Volumen CLXIV. Madrid, 1959.

dejado en el misterio de posibles interpretaciones.

Badosa atiende bien al ritmo del verso, salvo algunas irregularidades en la primera parte, da a elementos paisajísticos valor simbólico en función del paso del tiempo y tiende a cierto recamado de retórica en las metáforas. De las formas empleadas, me parece que la más conseguida está en los endecasílabos asonantados de la tercera parte. El *Canto de las cinco estaciones* se presenta muy elaborado, hasta perder un poco frescura y emoción. Se trata de una serie de poemas todos en alejandrinos, distribuidos en cuatro estrofas de dos pareados cada una, salvo la cuarta que es serventesio. Más que al meter de clerecía aludido por Carlos Barral en su prólogo, me recuerda esta forma un gusto modernista seguido aún por algunos sudamericanos.

Se aclimatan bien las imá-

genes sensoriales de paisaje con frutos maduros, tardes inclinadas, caminos inciertos, a los aconteceres anímicos, aunque la melancolía que a veces toca los versos resulta un poco decadente y en choque con otros momentos de humor lírico, asimismo algo extemporáneos, como las estrellas que se albergan en cajas de caudales y el poeta, fácil ladrón, que se llena los bolsillos de luces destelladas. Es curioso cómo por esas vertientes Enrique Badosa se enajena de la poesía más actual, aunque mantenga el tono de ésta en las otras secciones del libro, sobre todo en la primera y especialmente en cuanto responde a un sentido temporal y a un deber de esperanza, porque «es necesario amar palabras más sencillas / mientras el viento en paz se halle distante / y confiar, también, en nuestro tiempo de ocaso / vivido en el amor de la esperanza».

L. de L.